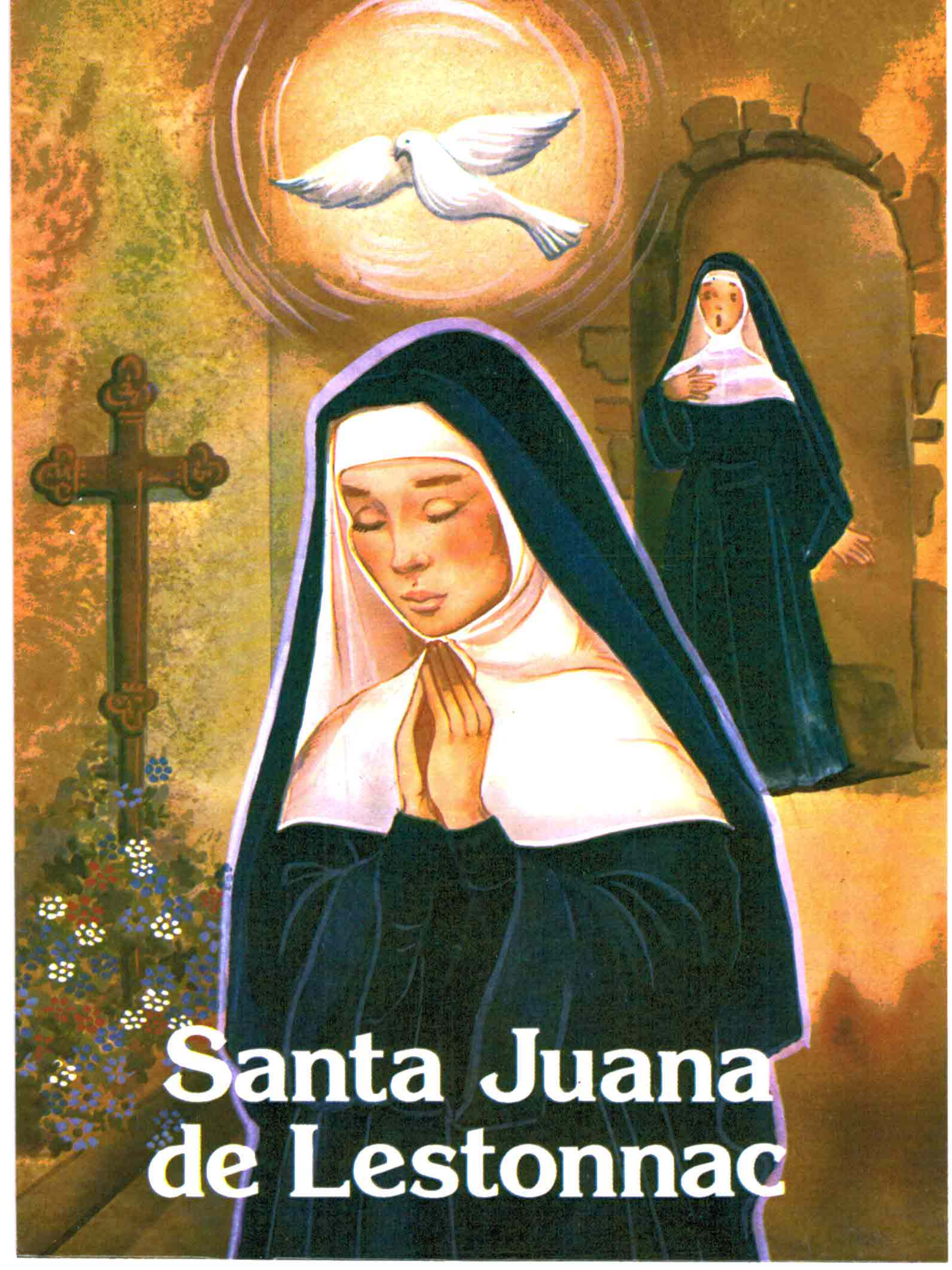
Santa Juana
de Lestonnac

SANTA JUANA DE LESTONNAC

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-SEVILLA

D.L.: M-20729-1983 I.S.B.N.: 84-7527-047-6

Era el 5 de mayo de 1555. En Burdeos, populosa e industrial ciudad de Francia, se celebra la boda de Juana de Montaigne, hermana de un célebre escritor, Miguel de Montaigne, con Ricardo de Lestonnac. Con esta boda quedan enlazadas dos familias de la nobleza bordolesa.

Al año siguiente una nena de rubios cabellos y ojos azules viene a alegrar este hogar. Cuando aquellos felices padres la estrechan entre sus brazos y ponen el primer beso en su frente, bien lejos están de pensar que aquella encantadora niña había de dar más gloria a la familia que todos los antepasados de cuya nobleza y hazañas se glorian. Le pusieron en el bautismo el nombre de su madre, Juana.

Los primeros años de Juana se deslizan alegremente entre la ciudad y una finca que poseen los Lestonnac en las proximidades de Burdeos.

Otras temporadas las pasa en el Castillo de Montaigne, en donde habitan los abuelos maternos y el tío Miguel, que tuvo siempre predilección por esta sobrina.

El palacio de los Lestonnac es centro de la mejor sociedad. Allí hablan y comentan todo cuanto sucede. La pequeña Juana asiste a estas conversaciones sentada en un cojín, con sus preciosos bucles de oro y sus ojos inteligentes muy abiertos. Se habla apasionadamente de Religión. El calvinismo, herejía protestante, se extiende como un incendio.

La Reforma protestante divide familias muy unidas. Los hermanos de la señora Lestonnac quedan separados. Ella, con Tomás y su esposa, se hacen calvinistas, mientras que Miguel permanece católico leal. De carácter apasionado y voluntarioso, quiere arrastrar consigo a su marido, pero no lo consigue. Este tampoco transige en la educación de sus hijos y quiere que se formen en el catolicismo.

La señora Lestonnac no se atreve a atacar de frente a su marido. Conoce su firmeza de carácter y se vale de una estratagema. Manda a la pequeña, que tiene 8 años, a casa de Tomás para que la formen en el calvinismo.

Todo se pone en juego para ganarla, pero esta niña, de inteligencia viva y corazón ardiente, no es fácil de conquistar. Ama mucho a la Virgen y Ella la sostiene en la prueba.

Ricardo de Lestonnac no advierte lo que pasa. No así el tío Miguel; en sus visitas, cuando él llega, Juana lo deja todo y acude a recibirlo. Le habla familiarmente y le cuenta sus sufrimientos. El se indigna y refiere al padre lo que sucede. Este la hace volver a casa.

Poco tiempo después, Juana hace su Primera Comunión y recibe a Aquel que ha de ser siempre el centro de su vida.

JHS

La madre no renuncia a la conquista de la hija. No omite medios: mimos, cariño, visitas a sus amigas calvinistas, a las capillas protestantes. ¡Qué frías las encuentra Juana sin el Santísimo, sin la Virgen a la que ella tanto ama!

A la salida se escapa a visitar a Jesús Sacramentado en alguna iglesia. Preferentemente va a los Jesuitas, en cuyo colegio se educa su hermano Guy. Con él tiene sus confidencias. Guy le dice: «Juana, antes que nuestros padres está Dios; no puedes disgustarlo por complacer a mamá».

¡Qué duro es ahora el ambiente familiar! ¡Cuánto sufre al ver las discusiones entre su padre y su madre!

La madre ve en esta resistencia de la hija una rebeldía y cegada por la pasión cambia de táctica. Del cariño pasa a la dureza: La trata con acritud, la insulta, la amenaza. En una palabra, le hace la vida imposible.

A medida que Juana crece físicamente se desarrolla en ella el espíritu de piedad en lo cual influyen, sin duda, las circunstancias que rodean y maduran su vida.

No encontrando cariño en su madre, lo busca en la Virgen. A Ella acude en todas sus dificultades. En la oración halla descanso y consuelo. Orando ante un Crucifijo oye una voz misteriosa que le dice: «Ten

cuidado, hija mía, de no dejar apagar el fuego sagrado que yo he encendido en tu corazón y te lleva con tanto celo a mi servicio». Muchos años después, a la luz de los acontecimientos, comprendió Juana el significado de estas palabras.

Juana cumple 17 años. Es una bella joven de rubios cabellos, ojos azules y soñadores, alta, esbelta y de porte majestuoso. Su tío Miguel solía decir de ella: «Es difícil conocer si es más hermosa de cuerpo o de alma. Me parece una bella princesa en un hermoso palacio».

Bella, noble y rica no es difícil a su padre buscarle un buen marido y lo encuentra en un joven noble, Gastón de Montferrand, barón de Landirás. Lo cree digno de su hija por su nobleza familiar y por la de su corazón, que supera a la primera y sobre todo porque es un ferviente católico.

La joven baronesa se dedica a sus nuevas tareas con el cuidado y perfección habituales. En su vida conyugal es feliz. Los veranos los pasa en el castillo de Landirás, situado a la salida de Burdeos. Restos de paredes con el escudo nobiliario señalan hoy día su emplazamiento.

Juana no tiene tiempo de aburrirse. Atiende a todo y a todos: esposo, hijos, servidumbre; los rodea de cariño. No es extraño que se lo devuelvan y se sienta amada. Dos hijos y tres hijas vinieron a ser el encanto

de aquel hogar. No quiere dejar a nadie la formación de sus hijos.

Pero la felicidad no es patrimonio de la tierra y ahora es la muerte la que se cierne sobre su hogar. A la de su tío Miguel sigue la de su amado padre. Dos años más tarde muere su fiel esposo y poco tiempo después el hijo mayor.

Lo acepta con la misma entereza de siempre y se entrega por completo a sus hijos, vida de piedad y de caridad con los necesitados. Las dos hijas mayores entran religiosas. El hijo se casa y queda al frente de los negocios familiares. A él confía la tutela de la hija menor y se dedica a una total entrega a Dios haciéndose religiosa.

Decide entrar en un monasterio de religiosas Bernardas, en Tolosa. Prepara la partida y la víspera lo comunica a su hijo a quien confía el cuidado de su hermana. Este se sorprende, suplica, discute. Todo en vano... Está decidida.

Ultima noche en el palacio. La hija duerme plácidamente. La madre entra de puntillas, la besa en la frente y con el corazón traspasado ofrece a Dios el sacrificio. Pasa la noche orando y muy de mañana sale de casa. Los criados lo advierten. Por todas partes se oyen lamentos.

—¿Qué pasa? —pregunta la pequeña sobresaltada.

—Que la señora nos deja para encerrarse en un convento.

Enloquecida se viste y acompañada de una criada, con los cabellos sueltos, llega al río Garona cuando su madre pone pie en la embarcación. La abraza llorando.

—¡Madre, no me abandones! ¿Qué va a ser de mí?

—Dios será tu padre. Yo pediré mucho por ti.

A la llegada a Tolosa, segunda prueba. Su hijo la espera y le ruega que vuelva a casa. Se arranca de su abrazo y en el umbral del convento le dice:

—Hijo, Dios me llama y debo obedecer.

¡Señor, sufrir sí, pero hacer sufrir...!

Tres meses después Juana es religiosa. Se han realizado sus deseos. Cumple con exactitud sus deberes. A aquella vida austera añade aún más penitencias, porque según ella «Ya que he pasado tantos años en el mundo necesito correr para recobrar el tiempo perdido». Como consecuencia enferma gravemente. Consultados los médicos dicen:

—Cambiar de vida o morir.

—Morir —dice ella.

Las Superioras no opinan lo mismo.

—«Cuando Dios os quita la salud es porque no os quiere entre nosotras».

La Madre acepta la prueba.

Ultima noche en Tolosa. Juana se refugia en la oración. En medio de sus angustias oye una voz que la llena de consuelo. «Hija, te reservo para otras empresas». Y en un momento aparece ante ella el infierno abierto y multitud de jóvenes y niñas que le tienden la mano. Horrorizada con esta visión alza la vista y ve a la Santísima Virgen que le señala con la mano aquellas almas en peligro. Comprende que por medio de la Virgen ella llegará a ser la madre de aquellas niñas.

Cuando la Superiora vuelve por la mañana la encuentra sonriente y tranquila. Al dejar el hábito recobra la salud.

Vuelve al palacio y con ella la alegría a todos. Se entrega a una vida de piedad. Sólo sale para visitar a los necesitados. La peste invade a la ciudad. Sin miedo al contagio, visita a los atacados y los socorre. Varias jóvenes la acompañan y ayudan. Pasada la epidemia, una profunda amistad se entabla entre ellas.

Dos celosos Jesuitas, los PP. Bordes y Raymond, la visitan y hacen la siguiente propuesta:

—Señora, así como nosotros nos dedicamos a la formación de la juventud masculina, ¿no podríais Vos preocuparos de la femenina? ¿Podríamos contar con Vos?

—Como colaboradora, ciertamente —contesta.

—No señora, como fundadora.

Ella rehúsa.

Días más tarde, mientras el P. Bordes celebra la Misa pidiendo a Dios que revele su Voluntad sobre la fundación y fundadora, se le aparece San Pedro que, con el dedo extendido, señala a la señora Lestonnac que oye Misa al pie del altar. Radiante de alegría la llama y le comunica lo sucedido.

—No hay duda, tenemos respuesta del Cielo, ¿Conocéis algunas jóvenes para cooperar con vos?

—Sí, un grupo, que son compañeras mías en el apostolado...

Con ellas comienza la fundación de la Compañía de María.

Las jóvenes escuchan con entusiasmo. Se le ofrecen incondicionalmente. Consiguen los permisos, no sin dificultad, y ante ellas, cinco de las primeras jóvenes se marchan. A veces les falta lo necesario. Llega la hora de comer y no tienen nada. La Fundadora acude a la oración y de manera milagrosa reciben donativos y víveres.

Día 1 de mayo, gran fiesta. Visten el hábito religioso. Las disidentes vuelven y son recibidas fraternalmente.

Llega el día de la profesión, pero el Cardenal ha cambiado de modo de pensar y no les es propicio. Ha resuelto unirlas a las Ursulinas. Así lo dice a la Madre: «No os daré la profesión». Se muestra inflexible. Pero Juana convencida de que no es ésa la Voluntad de Dios, no cede. Se refugia en la oración. En ella está cuando la llaman: «Madre, el Cardenal está en el recibidor».

¿Qué ha sucedido? Cuando el Cardenal se marchaba de viaje, se le aparece la Santísima Virgen y le dice: «Vuelve y recibe los Votos de mis hijas.». Se lo refiere emocionado. Y añade a continuación:

—Madre, mañana, día de la Inmaculada, deseo recibir vuestros votos y los de vuestras compañeras.

Así se efectuó.

La Compañía de María comienza su misión: la formación de la juventud. Llega el 21 de noviembre de 1610. Agradecida la Madre a los beneficios divinos, quiere ofrecer sus primeros frutos y consagrar a la Virgen las alumnas. Organiza una procesión. Llevan la Imagen de la Niña María y la acompañan con cánticos, rezos, etc. Desde aquel 1610 cada año en todos los Colegios se repite la tradicional procesión.

Aunque muchas de las gracias extraordinarias que la Madre recibió del Cielo han quedado ocultas, algunas ha querido Dios dárnoslas a conocer.

La Madre hace oración en su celda. La Portera llama a la puerta. Nadie contesta. Extrañada por el silencio y por el resplandor que sale por las hendiduras de la puerta, mira por el ojo de la llave y contempla a la Madre, de rodillas, envuelta en un haz de luz, y sobre su cabeza se cierne una paloma. La Portera permanece inmóvil y, cuando se abre la puerta, el resplandor de la Madre se refleja en ella.

—Madre mía, he visto el Espíritu de Dios encima de vuestra cabeza en forma de paloma.

—Callaos, hija mía y mientras yo viva no lo digáis a nadie.

Muerta la Madre, treinta años después la M. Susana, la portera, confirma con juramento este hecho.

La baronesa Luisa Teula la llama para fundar en Tolosa y se compromete a pagar todos los gastos. La Madre acude. Pero esta desconcertante dama, de carácter variable e irascible, se vuelve atrás. Para no quedar mal ante el público se muestra descontenta con la fundadora, la recibe mal y la hace blanco de sus intrigas, malos tratos, calumnias...

La Madre sufre en silencio y anima a las compañeras. Solamente dice: «Sólo Dios es fiel».

Una prueba mayor la espera. Causas: Un Cardenal celoso y autoritario, inclinado a creer relaciones falsas. Una santa a quien la humildad cierra los labios y

una religiosa apasionada que se cree preferida. Emplea su habilidad en denigrar a la Madre y en formar un partido en contra. Nuevas elecciones y precisamente esa religiosa es nombrada Superiora. Su programa es humillarla, despreciarla, cosa fácil cuando se trata de un alma que considera el sufrimiento como regalo de Dios. «La parte que el Señor nos da en su cruz nos manifiesta cuanto nos ama».

Estos años vive aislada de su Comunidad, incomunicada con las otras casas y amenazada incluso con ser expulsada de la Orden que ella misma fundó.

Tanto pide por su perseguidora que le consigue la conversión.

Pasó la tempestad. La Madre no vuelve a ser Superiora, pero sí el alma de todo el Instituto. Procura nuevas fundaciones. Treinta se hicieron durante su vida.

Prevé cercana su última hora. Se dispone al triduo de renovación que precede a la Purificación de Nuestra Señora. Recibe los Sacramentos y la noche del 1 de febrero, cuando la enfermera la visita, la encuentra sin sentido. Todos acuden a su alrededor: las religiosas, los PP. Jesuitas. Quieren asistir a su muerte.

Día 2 de febrero. Por la mañana recobra el conocimiento y paseando la vista por cada una de sus hijas como para bendecirlas, pronuncia sus últimas

palabras: «Jesús, José y María». Deja caer la cabeza y exhala el último suspiro. Su hermoso rostro tal cual lo presenta la mascarilla tiene una atrayente expresión de paz y de majestad; sus ojos aparecen cerrados como si tuviera delante una visión.

El pueblo entero la aclama santa. Cuatro días permanece su cuerpo expuesto a la veneración de los fieles que desean verla y tocarle objetos. Hechos extraordinarios suceden en varias partes. Se aparece a hijas distantes y les anuncia su entrada en el Cielo.

SANTA JUANA DE LESTONNAC, así, la proclamó Pío XII el 15 de mayo de 1949.